

Había también en Constantinopla el monasterio de san Ciriaco, fundado por Gratisimo, gran chamberlán del emperador, el cual no se contentó con fundarlo, sino que tomó el hábito religioso, sin dejar de cumplir las funciones de su cargo. Hallábase este monasterio fuera de la Puerta Dorada, y en la ciudad había otros bajo la misma advocación de san Ciriaco. El ejemplo de Gratisimo, que, sin dejar su cargo, vistió el hábito religioso, no fué solo; pues Bingomalo ó Vincomalo, fué investido por san Basiano con el hábito monástico, y continuó asistiendo al senado. Iba acompañado de gran número de personas, que querían honrarle, y le hablaban de los negocios en que entendía: pero cuando regresaba al claustro, volvía á tomar su hábito, y trabajaba en la cocina, en el establo ó en los oficios de la comunidad que se le encomendaban.

En 468, edificó el emperador León fuera de la ciudad un monasterio para los discípulos de san Daniel Estilita, con una iglesia dedicada á san Simeón Estilita, á donde Gennadio llevó solemnemente algunas reliquias de este Santo. En 536 había también un monasterio de san Simeón, llamado Ciracono.

SAN AUXENCIO, SACERDOTE Y ABAD EN BITINIA.

La vida de san Auxencio fué escrita por un solitario, que, al perecer, pertenecía á su monasterio, pues le llama su padre. Hay en ella muchas cosas de uno de sus discípulos que heredó su caverna, y su relación no la han creído sospechosa ninguno de los mejores críticos. La damos según Hensquenio. Sozomeno hace también grandes elogios



Tomé 6.

Saint Auxent

...en Constantinopla el monasterio de san
 ... gran chamberlán del em-
 ... se contentó con fundarlo, sino que
 ... sin dejar de cumplir las funcio-
 ... Hallábase este monasterio fuera de la
 ... en la ciudad había otros bajo la misma
 ... de san Ciriaco. El ejemplo de Gratisimo, que
 ... no fué solo ;
 ... fué investida por san Ba-
 ... monástico, y comenzó asistiendo al
 ... de gran número de personas, que
 ... y le hablaban de los negocios en que
 ... cuando regresaba al monasterio, se iba á to-
 ... y trabajaba en él, como se veía en
 ... en la ciudad.

... de la ciudad
 ... de san Basilio, á donde
 ... de este
 ... también un monasterio de san Si-
 ... llamado ...

SAN VICENCIO, MENENDOTE Y ABADE EN BITINIA.

La vida de san Vicencio fue escrita por un solitario,
 que, al parecer, pertenecía á el monasterio, pues le llama
 su padre. Hay en ella muchas cosas de uno de sus disci-
 pulos que boreó su carácter, y en relación no la han creído
 respetuosa ni siquiera de sus defectos críticos. La damos se-
 gun Flanqueno. Hay en ella también grandes elogios

Tome 6.



Cópiá ábreá

Saint Auxent.
 San Vicencio

Imp. Ch. Barbou aíná. París.

de este Santo, sin contar á los escritores posteriores, que tuvieron ocasión de hablar de él.

La familia de Auxencio traía su origen de Persia, y él nació en la Siria. Su padre, llamado Abdas, dejó la Persia, en donde el rey Sapor perseguía á los cristianos, y vino á tierra de Romanos bajo el emperador Constancio, con uno de sus subrinos llamado Vicente. Le acompañó también un hermano, cuyo nombre no dicen los historiadores, y que se dedicó á las armas, obteniendo el cargo de lugarteniente. Vicente se adhirió por desgracia á la secta de Macedonio, y fué sacerdote en una aldea cerca de Calcedonia. Tuvo, sin embargo, la suerte de volver al seno de la Iglesia hacia el año 392.

Abdo contrajo matrimonio, del cual tuvo á nuestro Auxencio, que nació en Siria. Fué educado en la piedad y en las ciencias, y á ejemplo de su padre, pasó su juventud en la integridad de costumbres. Vino á Constantinopla en el reinado de Teodosio el Joven con objeto de ver á su tío, que, como hemos dicho, ocupaba un lugar muy distinguido en el ejército; pero encontrando que había muerto, permaneció en la corte, y obtuvo un puesto en la cuarta compañía de los guardias del príncipe. Esto dió lugar á que se conociesen mejor sus talentos y méritos. Era muy bien formado, fuerte y robusto, y estas excelentes cualidades unidas á la claridad de su inteligencia, le hicieron amar y estimar del emperador y de toda la corte, en la cual ejerció cargos de la más alta importancia. Así lo dice Sozomeno, escritor contemporáneo, el cual añade que se hizo muy recomendable por su eminente piedad, por su celo en favor de sus amigos, por la pureza de sus costumbres y por su erudición en las ciencias profanas y eclesiásticas, así como por su bondad y dulzura.

Con semejante conducta se preservó Auxencio del contagio del mundo, y atrajo sobre su alma tal cúmulo de ben-

diciones, que, ántes de dejar el mundo, recibió el don de hacer milagros. Contrajo amistad con aquellas personas que, por su piedad, pudieran ayudarle en el servicio del Señor, y sobre todo con un solitario, llamado Juán, que vivía recluso cerca de Hebdomón, barrio de Constantinopla. Le visitaba con mucha frecuencia, acompañado de Marciano y de Antimo, ambos legos como él, y más tarde sacerdotes.

El historiador del Santo habla de Antimo como de un hombre admirable. Compuso himnos y cánticos que se cantaban en la Iglesia; pasaba en compañía de san Auxencio los días en ayunos y de oraciones, y las noches en vigilia ó acostado en la tierra. Iban con frecuencia á orar en la iglesia de la Paz, situada á orillas del mar. Tal era la vida de san Auxencio, cuando aún era lego y empleado en la corte. Pero por grande que fuera la virtud que en ella practicase, creyó deber dejar el mundo para evitar las alabanzas de los hombres, sobre todo despues de recibir el don de hacer milagros, lo que ejecutó probablemente hacia el año 446. Dice su historiador, que ya desde aquella época había previsto la tempestad con que amenazaban á la Iglesia las herejías que iban á aparecer, todo lo cual contribuyó á confirmarle en su resolución.

Para ello se retiró á la Bitinia, sobre el Monte-Oxio, á cuatro leguas de Calcedonia, en donde esperaba vivir enteramente desconocido de los hombres. Su hábito consistía en una piel sin pelar: no tenía otra cubierta que el cielo, y cuando quería orar, subía á una roca, en donde, elevando sus ojos y sus manos al cielo para contemplarlo con más libertad, se dilataba su corazón con el gozo de verse libre del siglo, y poder decir á Dios con el Profeta: « Me habeis puesto, Señor, en un estado, en el cual no tengo otra esperanza que Vos. »

Pero no hacía más que un mes que vivía allí, cuando

fué descubierto por unos pastores, cuyos rebaños se habían extraviado por el desierto. Buscábanlos con grande amargura, y apercibiendo al Santo con su ropaje erizado de pelos, le creyeron un fantasma ó una bestia salvaje, y huyeron espantados. Pero Auxencio, llamándoles, les aseguró que era un hombre como ellos, y les preguntó por qué lloraban. Dijéronle la causa, y movido á compasión, se puso á orar durante algún tiempo, al cabo del cual les dijo: « Id á la izquierda de la montaña, y encontrareis vuestros ganados. — Hemos estado allí, le contestaron, y no los hemos visto — Pues id de nuevo en nombre del Señor, y estad seguros de que los encontrareis. »

Así sucedió efectivamente, y llenos de gozo los pastores, refirieron lo ocurrido á sus padres, que no dudaron ser aquel hombre un gran siervo de Dios, y vinieron á verle acompañados de un gran número de vecinos.

Encontráronle en oración sobre la roca en que acostumbraba hacerla, y sus corazones se sintieron tan conmovidos, que le suplicaron continuase orando por ellos, y le edificaron una pequeña celda, cuya puerta quiso que cerrasen, contentándose con una estrecha ventana, por la cual le hablaban los que venían á verle. Hacíanlo con mucha frecuencia estas buenas gentes para aprovecharse de las instrucciones que les daba y recibir su bendición. Así es que no tardó en extenderse su reputacion, y Dios, que, según hace notar el cardenal Baronio, quería colocarle en un lugar inmediato á Calcedonia, para que, viendo todo el mundo sus milagros, pudiese juzgar cual era la verdadera fé que era necesario seguir, y que autorizaba con los prodigios de su siervo, Dios, digo, le dió el poder de hacerlos en tan gran número, que se decía que su celda era como una fuente viva de gracias que se derramaba con abundancia.

El primero que hizo fué en favor de una distinguida

dama de Nicomedia que se hallaba ciega, la cual, oyendo hablar de él, se hizo conducir á su celda, en donde, postrándose en tierra, le dijo: Siervo del Altísimo, tened piedad de mí. — Yo no soy más que un miserable pecador, respondió; pero si creéis, que Jesucristo que curó al ciego de nacimiento, puede curaros á vos, pidáoselo todos, y tened la confianza de ser escuchada. Todos los que se hallaban presentes, que eran en gran número, se pusieron á orar con él, y acercándose despues á su ventana la ciega, le tocó los ojos diciéndole: « Que Jesucristo, que es la verdadera luz, os cure, » y al punto recobró la vista. Esta gracia colmó su alma de gozo y de reconocimiento. En su consecuencia, hizo grandes limosnas á muchos pobres de aquel lugar, y volvió á su país. Libró también á muchos del poder del demonio, y eran tantos los milagros que obraba, que de todas partes acudían á él.

El historiador de su vida refiere también la curación de dos leprosos, á los cuales viendo el Santo, les dijo: « ¿ Qué pecado habeis cometido para que os sobrevenga esta enfermedad? » Más ellos, postrándose en tierra, le respondieron: « Siervo de Jesucristo, rogad por nosotros para que seamos curados. — Sabed, les dijo, que habeis enfermado en esa mano á causa de vuestros juramentos: pensad seriamente en corregiros, y no irriteis más á Dios con vuestros crímenes. » — Invitó á los presentes para que orasen con él: pues era tan grande su humildad, que, para impedir que los milagros que hacía se atribuyesen á la eficacia de sus oraciones, quería siempre que los demás las uniesen á las suyas. Frotó despues el cuerpo de los leprosos con un aceite que ardía ante las santas reliquias, y les dijo: « Que os cure Jesucristo, pues yo no soy más que un pecador. » Al punto quedaron curados.

Miéntas que de esta manera favorecía á los demás con sus oraciones, sostenía muchos combates, tanto contra sí

mismo por el ejercicio de la más rigosa mortificación, como contra los espíritus de las tinieblas, que le habían declarado encarnizada guerra. Pero su invencible paciencia le hacía triunfar de la malicia del demonio.

Este enemigo de las almas suscitó contra él á un hombre, que empleó la calumnia para desacreditarle, si bién este medio inicuo sólo sirvió para su propia confusión. Hé aquí como lo refiere el historiador de su vida. Un personaje que le era muy adicto, y que le visitaba con mucha frecuencia, dijo á uno de sus amigos: « Tengo que ir mañana á ver á Auxencio: venid conmigo en la seguridad de que ha de complaceros su conversación. » Léjos de aceptar esta invitación, dijo que Auxencio era un malvado é impostor, que, para engañar al mundo, gratificaba á algunos miserables que fingían estar poseidos del demonio, y ser librados por sus oraciones.

Estas palabras escandalizaron á su amigo, quién, no obstante, pudo persuadirle á que le acompañase á la visita. Dios reveló al Santo las malas disposiciones de su corazón, de modo que cuando le tuvo en su presencia, no le habló, sino que dirigió la palabra á su compañero cuya fé y piedad le eran conocidas. Despues de hablar de cosas espirituales, regresaron á sus casas, y durante el camino vió el incrédulo á uno de sus criados, que venía apresuradamente y dando grandes lamentos, sin poder decir más que estas palabras: ¡ Ah! señor mio, qué desgracia tan grande! — ¿ Qué ocurre? le preguntó el incrédulo, ¿ me han robado, se ha incendiado mi casa? — Nó, respondió el criado: es que vuestra hija ha sido poseida por el demonio, que la atormenta cruelmente. »

Al oír estas palabras, se reconcentró este hombre dentro de sí mismo, y sintiendo el aguijón del remordimiento, se hería el rostro, se mesaba las cabellos, y se reprochaba su propia incredulidad. Su amigo le dijo entónces como el